

Cada territorio está deslindado de los otros, con una gallardía de ingenio que admira.

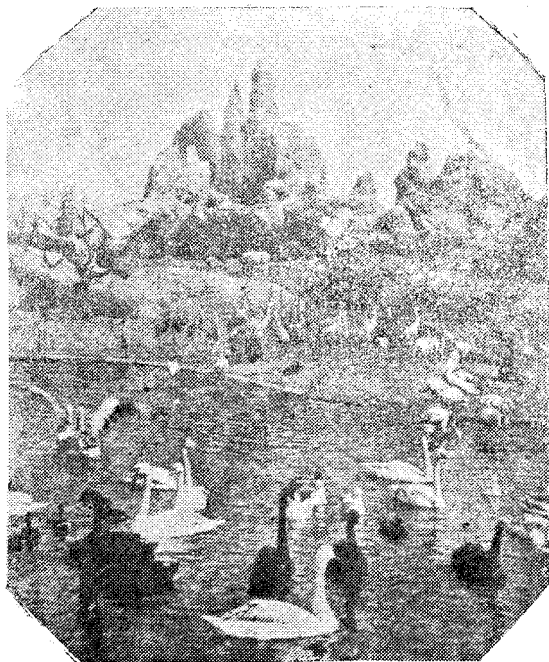
¡Nada de rejas, de tabiques, de cercas, de jaulas, de vallas enervadoras de la libertad, eliminadoras del libre ambular; ¡zanjas aquí, zanjas allí, he ahí todo...!

Las más terribles bestias, las más sanguinarias y feroces, las más crueles y alevosas, las más astutas y perversas, todas en completa libertad, con cuanto sus necesidades, gustos y caprichos pudieran exigirles...

Vemos hervores de pedrería, en esa cumbre y en torno de ellos, colibríes de esmeralda reluciente, que picotean volando, en esas chispas, igual que en las cumbres de los Andes del Ecuador; se soterran las chispas, en esas quiebras y se pierden en las entrañas de la roca, para aparecer más bajo, en hilos de cristal que se engrosan al resbalar entre el pedrisco y se hacen arroyos de límpidos espejos en los que mira el pavo real, la grandeza de su orgullo. Los arroyos se vuelven ribazos y los ribazos, torrentes, y los torrentes, ríos, los ríos, lagos de ensueño, en cuyas claras transparencias, conviven en dulce hermandad y libremente, todas las clases de ánades y cisnes del mundo; todas las clases de flamencos de todas las aguas y de aves que gustan de éstas, en todos sus aspectos y sonoridades todas.

¿Y esta rara maravilla de la naturaleza?

Junto a esta apacible fontana y en medio de tantos pájaros de plumaje pintoresco, está el Ave del Paraíso, en el brazo curvo de ese tronco que se enorgullece de sostenerla. Esta ave-iris apunta con el pico, las estrellas apagadas, iluminando el panorama, con el verde claro de la garganta y encendiéndolo con el oscuro carmesí de la comba del pecho. Brótale del nacimiento del cuello, a guisa de alas, una catarata de oro vivo, que se volatiliza y desparrama por el lomo y por los lados, tomando tintes de distintos y variados gualdas, en toda la artística extensión de los luengos chorros. Del nacimiento de la áurea catarata, se levanta abierto un abanico de albas plumas, y del final de las caderas, brota la pomposidad de la cola, al principio blanca y suave, como espuma sombreada por hilillos tenuemente cenicientos, después



Estanque en donde viven los ánades, cisnes y más zancudas y palmípedas

parda, con bordaduras de palotes negros, en toda la rizada extensión del plumaje que, apiadado de la tierra, baja en curva elegante hasta ella, para que la bese cariñosamente, con sus átomos de polvo.

¡O cuán hermosa eres, Ave del Paraíso!

Quisiéramos tomar nota de todas las aves, sin omitir órdenes, géneros, especies o individuos, que viven sin añorar sus altas rocas, como el águila y el cóndor, que aquí las tienen como en los Alpes y en los Andes; que pasan la vida placentera y feliz, como los loros de cabeza de oro, como los guacamayos de plumaje airoso, como los cacatoyes de insolente moño de plumas de colores,

rizadas en arco hacia adelante, rizadas en contra y hacia atrás, que pasan hablando de cosas que no entienden, igual que los parlamentarios de nuestra tierra y de todas partes; que dan vida al panorama, con cantos melodiosos, como la oropéndola de Loja, como el jilguero negriblanco de Ibarra, como el dorado jilguero de Quito; como el ruiseñor inquieto de Puná, como el nervioso chagüis de Guayaquil, como la colemba de Daule, de registros de órgano, como el pardo gorriuncillo de Riobamba y el mirlo de Chambo, de pico de gualda y garganta de orquesta y el chirote de Guaranda, de cauda cenicienta y pecho de carmín.

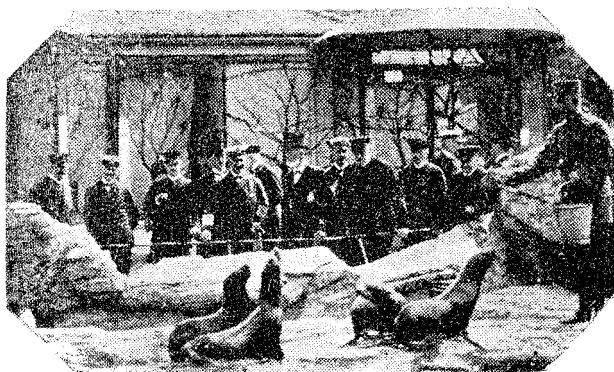
“Que cuando canta se remonta al cielo”,

desde la flor del maíz...

En pie sobre ese témpano rocoso, un hombre con traje de lacayo toca un rondín, a la orilla de este lago manso y tranquilo.

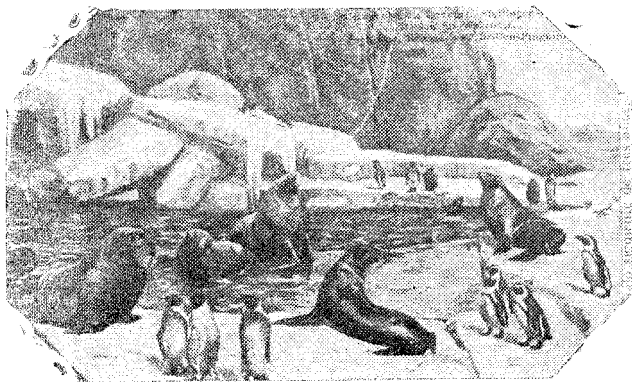
De repente asoma un punto, en el agua, punto que de seguida se torna burbuja, y en el acto aparece un círculo que se ensancha, que se ensancha, empujado por miles de círculos que nacen uno tras otro... se agita el lago, hay en éste, hervores que se aproximan al músico de soplo, que sigue la faena con tesón; asoma un hocico, asoma un inmenso bigote caído, como el de los cholos del Morro, de nuestra tierra, de los cholos de Posorja, de todos los cholos del Ecuador; asoma una cabeza íntegra, mostrando unos ojitos como ojales, afianzada en un pescuezo sin precedentes por su grosura,, asoman en seguida detrás de ella, unos lomos descomunales, en seguida el medio cuerpo de un monstruo marino, el cuerpo entero, lucio, negro, pelado, reluciente, que remata en cola de pescado. Con éste asoman varios.

Sube penosamente el monstruo por una roca y se pone a los pies del músico, levantando cariñosamente el hocico sonreído, enjoyado de un bigote antikaiseriano; el domador le pone el rondín en el hocico, la foca resuella fuertemente, suena el instrumento que va de las notas agudas a las graves, movido por la mano hombruna, y se oye la música marina, no que encanta como el canto



Focas buscando la pitanza

de la sirena; pero que entretiene a los curiosos... al lado se presenta, en otra prominencia achatada, otra foca —León Marino— se sienta ladeando la cola, alza la cabeza y mira lo infinito, añorando quién sabe qué; junto al León Marino, sobre la misma achatada prominencia, está un grupo de esquimales liliputienses... ;nada de esquimales liliputienses!... son estos animales, pin-



Pingüinos y leones marinos

güinos del Polo, que engañados de que andan en las radas de los mares árticos, ostentan aquí —orgullosos de estar en sus propios lares— aletas que parecen brazos, incrustadas en cuerpos como de niños que hacen pininos...

Elefantes marinos aquí, todos los monstruos de todos los mares, allí...

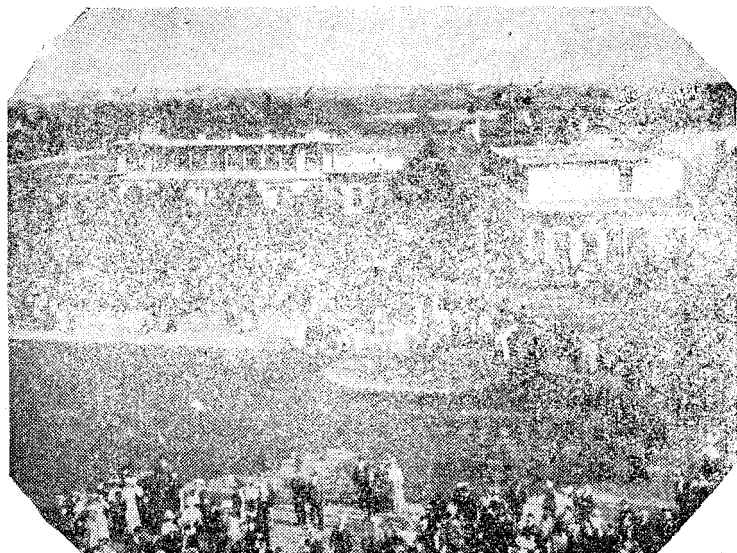
Nos convencemos de que este parque de fieras, es un mundo pequeñito, un macrocosmo perfecto; continentes, ríos indomables, arroyos poéticos, mares enfurecidos, helados polos, lagunas rizadas, ribazos, lagos dormidos, bosques enmarañados, abruptas cordilleras, pampas siberianas, cuevas y cavernas, pájaros de todas las castas, reptiles de todas las especies, monstruos y... ¡hombres!!, sí señores, no os admiréis, hombres de los polos en sus chozas, hombres pielesrojas, en sus guaridas, hombres de betún reluciente que son el encanto de las damas y damitas de Hamburgo, de toda Alemania, codicia de los caprichos de ellas, objeto de visitas nocturnas de las mismas, hasta tentaciones de raptó de ellos y para ellas... ¡tatay!, ¡qué asco...!

Aquí en esta maravilla, la tierra está civilizada por el hombre, los bosques y montañas, civilizados por el hombre, las bestias feroces, los monstruos de todo linaje, civilizados por el hombre, los pájaros de toda casta y condición, civilizados por el hombre y lo que es más admirable todavía, ¡los hombres civilizados por el hombre!

¡Oh Carlos Hagenbeck, oh portentoso mago Hagenbeck, nos inclinamos reverentes ante ti que has logrado civilizar al hombre que, a falta de rabo, le sobra ferocidad!...

¡Oh Hagenbeck que, a fuerza de paciencia, de constancia, de sabiduría, de caudales de oro y observación, hiciste en este retazo prusiano, un macrocosmo con sus gestos y palpitaciones, con su poesía y vida toda...

Fatigados de caminar, visitando este afamado Parque de Fieras, nos dirigimos al concurridísimo restaurante, para confortar nuestras debilitadas fuerzas, tomando algo que nos devuelva el



Restaurante y sala de conciertos

vigor perdido. Estamos en él, entre centenares de paseantes y curiosos, oyendo música de un concierto magistral y sirviéndonos natilla...

Retornamos a Hamburgo, lleno el espíritu de cosas nuevas y el corazón de sorpresas, lleno el hombre, de un hartazgo de mundo...

Retornamos a Hamburgo, con el retrato del milagroso domador de fieras, en la mano, diciendo en nuestro interior, con profunda sinceridad: ¡cómo lo llevaríamos a don Carlos Hagenbeck, a la nuestra tierra, quizá pudiera domar a los políticos!...

XXXIX

HAMBURGO

La princesa Atom.—Muñeca viviente.—Las gemelas Josefina y Rosa Blazek.—El niño Franzel y otras niñerías.

Blancas plumas de nieve, descienden a la tierra en arabescos caprichosos... *Gross Allée* blanquea lentamente, besada por el plumaje cándido... nuestro auto ronca la fatiga de minutos de rodar, entre la arboleda negruzca y deshojada de esta Avenida *kolossal*, y, salvándola, se encamina hacia el alegre Dom, fiesta hamburguesa, llevando en el hueco tibio de su seno de cojines, nuestra siempre curiosa humanidad.

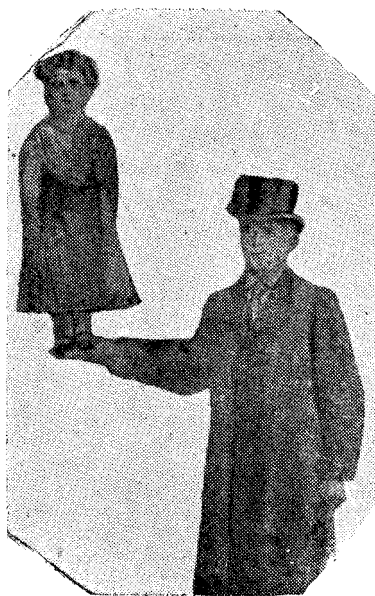
Ya estamos de nuevo, en esta pampa de pasatiempos y niñerías... diez marcos con propina y todo, al chauffeur y *Aufwiedersehen*...

¿Otra vez a las montañas rusas, donde hemos compuesto idilios, con la Fräulein Pein?

¿Otra vez a mirar el tatuaje de encajes, a varias tintas, sobre la albirrosada piel de la *Mujer de Oro*?

Liliputteather, dice allá.

Nos acercamos: el reclamo es donoso; este elegante joven de sombrero de copa y levita luenga, está a la puerta, el brazo extendido y sobre la abierta mano, esta linda muñequita... nos sonríe la *pouppé*: ¡es de carne y hueso, y en su talla, muy gentil!...



Princesa Atom

¿Su nombre?

Es en el grupo de artistas liliputienses, la princesa *Atom*...

—*Bitte, Wie alt Sind Sie, Hoheit.*

....—*Ich bin 18 jahre alt!*

Tiene dieciocho años... ¡una señorita por la edad; pero una muñeca viviente, por el porte!

¿Su peso?

¡ONCE KILOS!

Con razón se la tiene de pies en la palma de la mano...

Tarda la representación dramática, por tan bellos y encantadores gnomos... nos comenzamos a aburrir; para matar la murria, dialogamos con la princesa *Atom*.

—*Enschuldigen Sie: mein süsser Schatz, vollen Sie Sich mit mir verheiraten?*

Nein, mein Herr, Sie sind sehr gross für mich, und... nos responde con sutil coquetería, haciéndonos un guiño picaresco.

Nos gusta la respuesta, por el *und*...

Ya lo verán ustedes.

¿Quieren la traducción?

—Mi dulce tesoro, quiere usted casarse conmigo?

—No, caballero, es usted muy grande para mí, y...

Nos hace sonreír el *y* de esta princesita sin principado, y sonriendo, sonriendo, nos disponemos a otras sorpresas, heridos los tímpanos por estos campanillazos...

La impresión, ¿es de pena, de angustia, de admiración, de desagrado, de horror?...

No la podemos decir a punto fijo; porque es ella mezcla informe de todo.

Este Herr presenta en las tablas, dos mujeres distintas en un solo cuerpo verdadero, diciendo: Josefina y Rosa Blazek.

Se exhiben estas gemelas, adelantando los pies internos, primero, y los externos, después, andando de lado, cual si fueran cangrejos con trajes y formas de mujer.

La una, no se confunde con la ótra, por el parecido, cual sucede casi siempre con los hijos gemelos. Rosa es más alta y más perfecta que Josefina, pues los pies de la primera se colocan desigualmente sobre el piso, mientras que los de la segunda, no...

Parece que las piernas de ésta, son desiguales: la izquierda es más chica que la derecha, por lo que mientras el pie derecho pisa, el izquierdo alcanza apenas el piso con la punta, permaneciendo el talón levantado y en el aire. Josefina es carirredonda y peina bajo, raya al lado derecho; Rosa es carilarga y rostrituerta, peina, bajo, raya a la izquierda. Están separadas de cabeza abajo hasta por ahí por las rabadillas, en donde se juntan, en un solo tronco, las espinas dorsales, tronco que se torna puente que liga a las dos, para bifurcarse en seguida, desde el nacimiento de las ranuras prepósteras, de entre las pomas que dan origen a las piernas.

Se imagina la gente lo fácil que sería separarlas para evitar el martirio de la eterna unión; pero ha declarado con énfasis la ciencia, que es imposible separarlas por ser el eslabón de estos dos cuerpos, un hueso que forma parte de la columna vertebral de ambas mujeres.



Hermanas Blazek

Aunque están de espaldas, se dan maña para besarse, retorciendo penosamente los dos bustos y las cuerdas de los cuellos.

Abandonan las tablas, inclinándose ante el público, y andando de lado, éstas que más parecen un humano cangrejo, se pierden tras del telón.

Instantes después, repetidos campanillazos anuncian otra novedad... retornan al proscenio Josefina y Rosa; pero esta vez acompañadas, mas no del empresario...

Caballero, en caballito de madera, de crin abundante y cola enhiesta, sobre plataforma de ruedas, viene este dije de angelito, de carita redonda y sonrosada... ¡un amor!

Mi hijo Franzel, dice Rosa, presentando al público, al rubio serafín.

¡¡¡...???

¿¿¿...!!!

¡Estupefacción general!

Nos sonreímos de este que parece un cuentecito galante, mientras se llena el teatro de los ruidos del *Schön, sehr Schön*: acompañados de grandes carcajadas de esta buena gente que cuando ríe, ríe con tronidos de huracán.

Aplausos, estrepitosos aplausos, en la sala!

¿Rosa, madre?

¿Cómo han hundido el corazón los dos amantes, en el polvo de oro de los besos?

¿Y Josefina?

Los comentarios sabrosos se deslizan picarescamente, en todos los labios, aún llenos de carcajadas.

Agusa la curiosidad sus dardos y acomete con preguntas y más preguntas, a la pobre Rosa prisionera de su hermana y del amor.

Ich habe ein Mann!... ¡Tengo marido! ¿Qué se han creído ustedes?

—Cosa muy plausible en una mujer; pero...

—Qué pero, ni qué manzano; Josefina casi siempre lee el *Berlinertageblatt* o a *Heine*, cuando mi marido deshoja ante mí, sus rosas de pasión.

Además Josefina duerme como una marmota, en tanto que yo velo. Eso sí, la pobre ha tenido que padecer las consecuencias: conmigo dió en la cama, al dar yo a luz a mi querido *Franzel*; felizmente ella no padeció los dolores del parto... pues cada una de nosotras es dueña de penas o de goces por separado... compensación: siempre que Josefina, por padecer jaquecas, guarda cama... tengo que guardarla también, sin embargo de no tenerlas.

Nos fijamos intensamente en Paquito, y nos preguntamos en silencio ¿qué habrá cogido *Franzel*, el violín, o la moneda? ¿Será gran músico o gran ladrón?...

Cuentan las crónicas que cuando en Bohemia (de donde son las gemelas y Paquito), nace un niño, lo primero que hace el padre, es ponerle delante un violín y una moneda: si el niño coge el violín, será gran músico; si la moneda, gran ladrón... como nos contaron, lo contamos...

—¿No han reñido nunca ustedes?

—De niñas alguna vez, por los juguetes; de grandes, no, responde Josefina.

Nos resentimos una vez y no nos vimos... ¡qué cruel la *soledad de dos en compañía!*; pero esto pasó rápidamente, porque Rosa quiso dormir y tuvo que rogarme... como nos acompañamos en todo, fué forzosa la reconciliación... ¿a qué reñir?

Nos amamos entrañablemente, ya que nos ligó en la vida, con un hueso, el Sino y ya que nos tiene ligadas para la muerte...

Se conturban las dos en este instante; los rostros se les encapotan de tristeza y ¡qué horror! exclama Rosa, ver que agoniza la una, mirar que sus carnes lividecen, sentir que sudan hielo, y que la vida le huye lentamente, y estar la ótra sana y pegada fatalmente a la hermana moribunda, ver que la muerte le llega con el ósculo helado, en los labios tenebrosos!

¡Ah! ¡qué horror!: la muerte de la una será la muerte de la ótra, exclaman a dúo, las gemelas, con un dejo de tragedia amarga...

....*Oh, Arme Frauen!*...

¡Mujeres infelices!...

XL

LÜBECK

Lübeck, Venecia alemana.—Reminiscencias de Quito.

Lagos y canales.

Quedan atrás los entretenimientos, alegrías fugaces, bailes lascivos, locuras de amor y alados pasatiempos de *Sant Pauli*, sazonados con bullicio de orquestas nocturnas y ardientes sonoridades de besos; quedá lejos, allá lejos, Altona, prolongación de Hamburgo, ciudad de casitas blancas, ciudad de calles casi blancas, de aspecto silencioso, de persianas semicerradas, de plazas repletas de flores, de flores llenas de polícroma luz, de fontanas caprichosas, de surtidores que dan chorros de perlas murmurantes; queda lejos, allá lejos, el *Rathaus*, o en castellano, palacio municipal, cuya torre se interna en el negror del cielo, mientras adelantamos, en nuestro Pullman, por pampas, por pampas, por eternas pampas... ¡Lübeck!... ¡colmada ya la ilusión de llegar!...

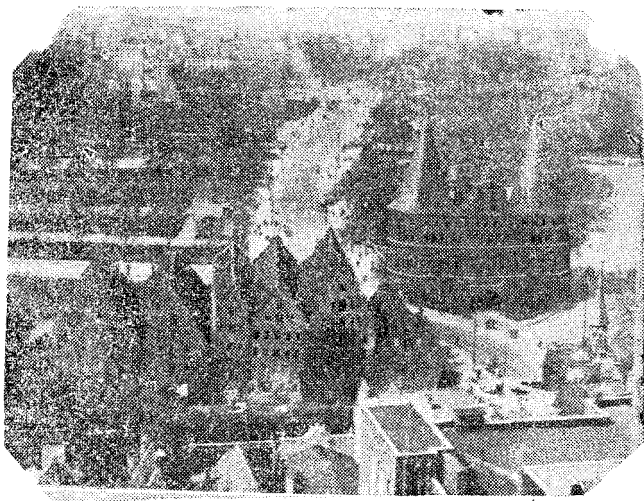
Del tren a tierra y con lo que primero damos es con este bendito Bismarck, en monumento: esto por sabido debe descontarse del bagaje de impresiones, pues no hay ciudad, pueblo, aldea, barrio, ni casa en que falte el Canciller de Hierro, ídolo de estos buenos y rechonchos boches... ¡qué amor de Alemania al prototipo de la fuerza bruta, descontando el odio del Kaiser, dízque por emulación!...

Holstentor. El pórtico de Holsten, con bodegas de sal.

No alcanza a descifrar nuestra mirada, la belleza que tiene por delante; mas no importa, que están alegres nuestros ojos, de ver este viejo monumento de la Edad Media, con pátina de siglos, después del cansancio de ver ciudades de ladrillo rojo, nuevecitas, como acabadas de hacer.

¿Y esta calle?

¿Estamos en Quito, capital del Ecuador, de nuestro soñado Ecuador?



Holstentor

Se nos ensancha el corazón, de ver esta topografía con reminiscencias de Quito: calles que se derrumban a una planicie, calles que suben prominencias, calles que ondulan, como ésta de este retazo pintoresco de Lübeck.

¡Esta es una novedad alegre para nosotros que hemos devorado a pie, en auto, en coche, en ferrocarril, pampa y más pampa; novedad alegre, por recordarnos que, en nuestro país, hay altas cumbres en las que moran los cóndores y el rayo...

¡Un auto!...

—¿*Wohin gehen wir?* (¿A dónde vamos?).

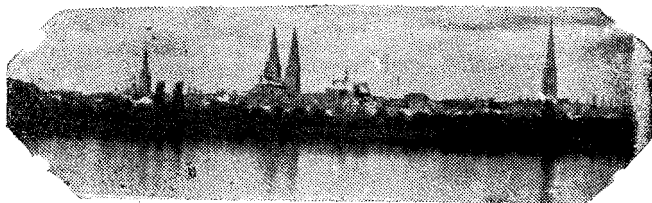
—¡*Qué Wohin, ni qué Wohin!* determinado; rueda chauffeur, rueda por todas partes velozmente, que el tiempo parece en nuestras ansias de gozar de ciudad tan linda...

Canales aquí, canales allí; lagos allá, lagos acullá; está Lübeck cruzada de canales, inundada de lagos prometedores de vida, de ensueños y esperanzas...

La impresión primera se cambia en otra placentera... esta ciudad pintoresca, tiene, con razón, el nombre de Venecia alemana.

¡Las viejas fortalezas trocadas en hermosos monumentos de agua; en avenidas líquidas, en paseos sonrientes de ondas!...

La tierra quebrada nos recuerda a Quito y nos pone el suspiro dulce en los labios; el agua del viejo Mar del Este, aprisionada en formas caprichosas, nos dibuja en el alma, los paisajes sugestivos de Venecia, y nos recuerda leyendas sabrosas y rosadas, en góndolas cubiertas de atmósfera de trovas, de acordes dulces de mandolinas y de cantos de pasión...



Siluetta de la ciudad

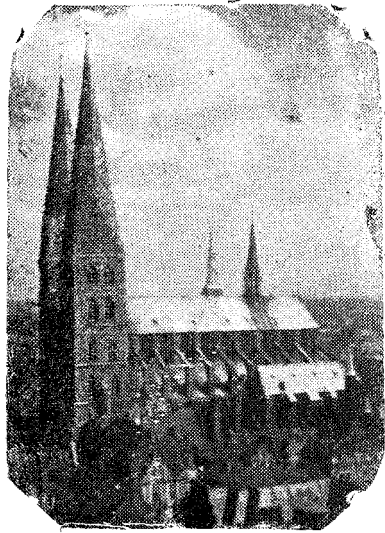
La silueta de esta linda ciudad, nos obliga a decir: ¡bendígamos este momento que nos pinta en el espíritu, con pinceladas maestras, la alegría de vivir!...

Rodamos y rodando, rodando, estamos en *Geibelplatz*, Plaza de Geibel, en la que le han immortalizado, en este elegante monumento, al altísimo poeta Geibel, desde 1889; rodamos y rodando, rodando estamos por *Domkirche* —iglesia catedral— de setecientos años de vida, de rezos y letanías, estamos por el palacio de ladrillos rojos y negros del gobernador, palacio en cuya planta inferior, beben de preferencia, vino y más vino, los turistas extranjeros, estamos por el viejo y enorme hospital, despenñadero de pobres, en todas partes, antro de dolores y angustias y antesala de la muerta... Rodamos y rodando, rodando vemos el comercio floreciente, las industrias en auge, el trabajo forjando, en varias formas, marcos y más marcos...

Ronca el auto fatigado en la subida de las pendientes, mientras se maravillan nuestros ojos, en el panorama seductor...

MarienKirche, la más vieja de las iglesias de la ciudad, con siete siglos a cuestas; con torres que tienen ciento y más metros de altura, desde donde las viejas campanas invitan a los fieles a la oración. Esta iglesia se singulariza por sus altares gigantescos; por sus lienzos antiquísimos, como el del histórico y renombrado *Baile de los Muertos*, de hace más de quinientos años.

Este viejo y donoso templo católico, oye las palpitaciones monótonas de su reloj, desde hace más de trescientos



MarienKirche

cincuenta años, al medir las impalpables fugacidades del tiempo, en viaje a la eternidad.

Una de las curiosidades de *MarienKirche*, es su magnífico púlpito de mármoles negros, desde donde han dejado oír los sacerdotes católicos, la palabra ferrosa de la conquista de las almas para el cielo hace muchos siglos.

No podemos dejar a nuestros lectores con la curiosidad de conocer el púlpito famoso; lo ponemos a



Púlpito de mármoles negros



El Puente de las Muñecas

canales repletos de góndolas cargadas de gente rubia y alborozada; lagos cristalinos contruídos para el solaz de la ciudad, en los que exhiben la belleza de las líneas de sus cuerpos de alabastro, seres que no se sabe si son náyades salidas del río, para enloquecer de amor a los mortales, o mujeres de carne y hueso, que ponen a la contemplación sus esculturas sonrosadas, para sostener el prestigio de la euritmia...

Pupenbrücke!, nos dice nuestro auriga: el Puente de las Muñecas, decimos nosotros, mientras contemplamos alborozados, al desnudo, por la parte prepós-

la contemplación, como rara maravilla...

Salimos de esta iglesia de Santa María y volvemos a tomar el auto, para recorrer la urbe de los lagos y canales...

El chauffer adivina nuestros deseos y nos lleva en su máquina incansable, por sitios cada uno más lindo que ótro.

La impresión de encanto, no nos abandona, ni un instante, por el contrario se aviva a cada paso, en tanto vemos



El museo

tera, una estatua de líneas impecables, apoyada con la mano izquierda, en una pilastra. Nos gustaría describir el Puente de las Muñecas, detenidamente, para rendir pleito homenaje a la belleza; pero el tren anuncia la partida...

Nos despedimos de los cien mil habitantes de Lübeck, tomamos de nuevo, el Pullman elegante, y salimos de esta ciudad lacustre que nos ha despertado gratísimos recuerdos, salimos con un dejo de pena, de abandonar la graciosa ciudad de los canales y los lagos, en cuyos límpidos cristales, dibujan sus viejas siluetas, los torreones medioevales, evocando recuerdos y añorando leyendas caballerescas, en cuyos límpidos cristales, retrata la donosura de su monumento de sabiduría, el Museo esplendoroso...

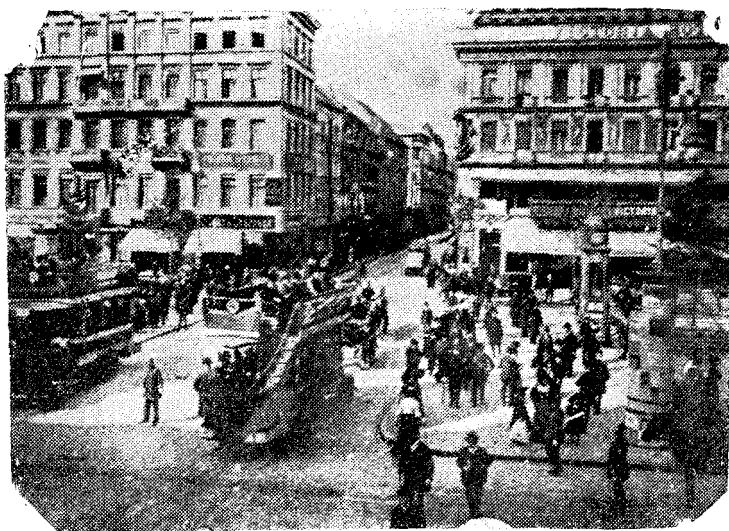
Nos despedimos de los cien mil habitantes de Lübeck y nos alejamos raudamente en nuestro Pullman, acaso para siempre...

XLI

BERLIN

Primeras impresiones.—El café Bauer.—Kaisergalerie.—Pulmones de Berlín.—Lacras y costurones.—La bella cicatriz.

¡Berlín!... Tiene la atmósfera, en este momento en que llegamos, un indeciso claro-oscuro... Estamos, en el *Bauer*, entre *Unter den Linden* y *Friedrichstrasse*, lo más elegante y regio de esta bellísima ciudad. Nuestro corazón enamorado de la eterna luz, se ensancha y suspira, se ensancha y suspira dulcemente, entre los vivos resplandores que iluminan a *giorno*, este pintoresco



Cruce de las calles Friedrich y Unter den Linden

retazo de urbe; nuestro espíritu sonríe simpaticando vivamente, con este trajín sonoro, de ambas arterias del organismo berlinés, que dan la nota más culminante de cuán aristocrática es esta ciudad, que emocionan, con sus artísticas bellezas, hasta mitigar un tanto nuestras ansias perpetuas de admirar cosas grandiosas...

Hemos dado, por buena fortuna nuestra, antes que con ótro, con este Café, con este regio *Café Bauer*, buscado por emperadores, frecuentado por reyes, príncipes, condes, duques y más aristócratas, con títulos nobiliarios; poblado de burgueses, *rastacuerros*, millonarios y banqueros; atestado de literatos, poetas, novelistas, músicos y artistas de alto coturno; iluminado por mujeres-luceros, por damas relucientes y brillantes pecadoras; rebosante, en fin, de cuantos tienen la cartera preñada de billetes de banco y también de quienes no la tienen...

No bien nos sentamos en torno de esta mesita, se nos acerca el *Ober* panzudo, a servirnos abominable café.

—Más leche que café, le decimos, y mientras echa, en nuestra taza, la leche y el café, viene el *Zeitungskellner*, y nos dice: —*Bitte, was vollen Sie lesen?*

No nos familiarizamos aún con estos sonidos tan extraños, no obstante venirlos padeciendo, largo rato...

Por favor, ¿qué gusta usted leer?, nos dice, en habla hispana, bien conocida por él y mejor pronunciada.

—¿Hay periódicos en castellano?, le preguntamos a nuestra vez.

—Cuantos quiera usted y de donde se le antoje, caballero.

Por tomarle el pelo, le decimos:

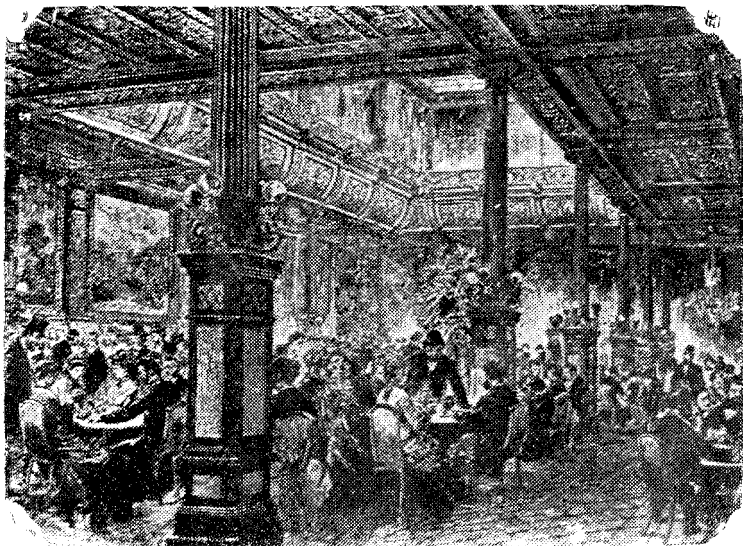
Vengan entonces, *El Telégrafo* de Guayaquil y *El Comercio* de Quito.

—No desea usted también *El Guante* de Guayaquil y...

Pensamos, a nuestra vez, que nos toma el pelo, en desquite, el boquirrubio; pero le decimos: tráigalos...

Y *El Telégrafo*, y *El Comercio* y *El Guante* llegan con noticias fresquecitas, de la noble patria, a nuestras manos pecadoras... no es una fábula el ofrecimiento, como no lo es el que les hace a otros extranjeros, de proporcionarles periódicos en la lengua de cada cual...

Hay aquí, al decir de este amable *ZeitungsKellner*, seiscientos diarios de todas las latitudes, escritos en todas las lenguas habidas y por haber, y para todos los gustos, por lo que, este



Salones del Café Bauer

Café Bauer; en cuyos elegantes salones nos estamos, es la obligada Meca de todos los peregrinos del globo terráqueo, que anhelan saber las noticias más calientitas del día, en este que, más que Café, es la patria universal de los periódicos que dan cuenta del asesinato de un monarca, del parto de una princesa, del derrocamiento de presidentes, del cambio de gobiernos, del imperio de la democracia.

¡Cuán distinta la impresión!... nos pasa aquí, lo contrario de lo que nos pasara, al llegar a Hamburgo, después de visitar a Nueva York. Todo nuestro exigente yo, es alegría, aquí en Berlín, es entusiasmo y luz: ¡claro! si ambas calles tienen oros y pedrerías en ebullición grandiosa; si las dos calles tienen riquezas

de inestimable valor; si una y otra son el más elevado exponente de vida plena y colorido, en que triunfa la alegría de vivir...

Caminamos... ¿nos metemos en la encañada de este pasaje encantador, llamado, en brillos, *Kaisergalerie*?

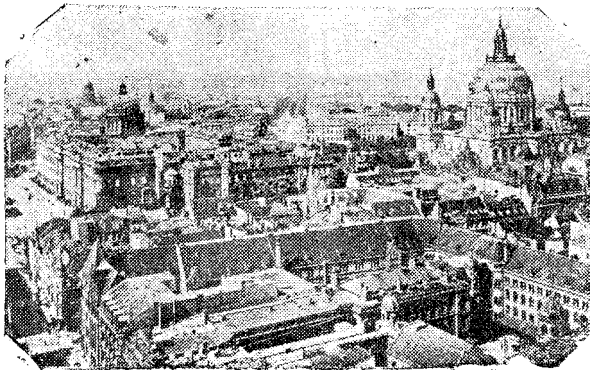
¡Andando!...

¿Cómo no hemos de entrar en esta vía resplandeciente, en este reguero de claridades fantásticas, en esta ostentación de arte, riqueza y elegancia?

Ambulamos despacito, contemplando estos almacenes atarados de cuanto la imaginación pudo combinar, por capricho y gusto; mirando estas decoraciones propias más de fantasía latina, que de sajona pesada y nebulosa; ambulamos y ambulamos como dentro del tubo de un enorme kaleidoscopio, cuajado de pedrerías, en cuyas facetas se quiebra la luz, en mil colores; llegamos de *Unter den Linden* a *Behrenstrasse*, pensando en la hermosa realidad que visitamos.

Puede que Berlín sea, en el resto, mediocre o inservible; pero por este panorama de encantadoras grandezas y de brillos, ya es dueña de nosotros...

Amanece... nos echamos a la calle a rodar Berlín: la impresión nocturna, toma otros caracteres de originalidad, duran



Vista panorámica de Berlín

te el día, por el encuentro de cosas inesperadas, en este minuto de luz...

El aspecto, no tiene la imponente grandiosidad de Nueva York, con *rascacielos* gigantescos, y huracanes de lumbre; Berlín no toca, con la testa, el puro azul del cielo, que aquí ni es puro ni es azul; Berlín no tiene casas como torres, ni torres como el Everest de la cordillera del Himalaya; Berlín extiende por la tierra amplia y llana, sin la misericordia de un alcor, casas, palacios y monumentos, sinagogas, templos católicos, y catedrales protestantes, a las veras de calles apizarradas, en donde el auto rueda como la góndola en el agua dormida y mansa; Berlín respira al Este, en *Treptower Park*, adulado por los rumores del *Spreë*, partido por las insolencias de la carretera de *Treptow*, adornado con las irisaciones de este estanque con peces de escamas de oro, de escamas de escarlata de rubí, de escamas tornasoles; enriquecido por figuras, para las que la Geometría ha prestado su concurso de arte y de belleza.

Adornan este Parque, a más de otras construcciones, este renombrado Museo Astronómico, este Observatorio que pone la escrutadora pupila del ojo audaz de este gigante telescopio, en las más lejanas chispas siderales...

Berlín respira en el inmenso Tiergarten, lleno de árboles frondosos, de blancas estatuas, de fontanas parleras, lleno de la gloria de la Columna de la Victoria, de sesenta y un metros de alto, construida de 1896 a 1873, en la Plaza del Rey; lleno del gesto trágico del Canciller de Hierro, como



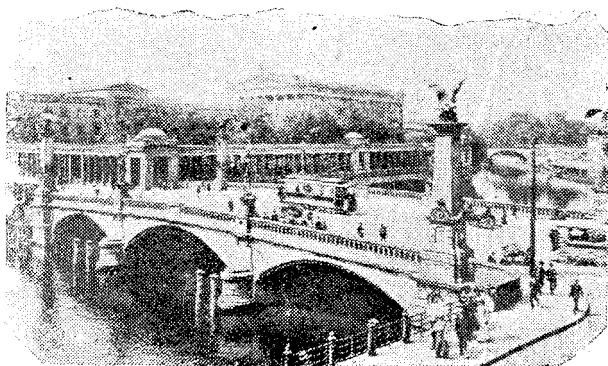
Columna de la Victoria

respira también en la joya *Humboldthain*, con árboles de hileras ordenadas, con rúas de dibujos caprichosos.

Berlín respira también en el parque encantador *Friedrichshain*, de cincuenta y media hectáreas, parque en el que duermen el sueño eterno, las víctimas de Marzo de 1848.

Berlín tiene amplios pulmones, en el Parque de los Inválidos, en Victoria Park, con una cascada de rocas artificiales, iluminada, en ciertas noches, como fuente mágica, parque a donde van las aves a beber rocío, en cascadas de perlas, en el poético Soto de Schiller y en cien lugares de salud y regocijo...

Berlín se refresca en las aguas del *Spree* que, al atravesarlo de Este a Oeste, se torna canales, se convierte en lagunas, se hace lagos, en varias partes; Berlín se baña en el *Spree* que se bifurca por allí, por las cercanías de *Fischer Brücke*, para meterse por el histórico *Mühlen Damm*, derramarse por las entrañas de *Gertraudfstr* y volverse a unir en *WeidDammen Brücke*, formando en este abrazo artificial y donoso, una isla en donde descuella el Dom, en cuyo lujoso interior, el protestante ora y los reyes y emperadores sienten en sus rubias testas, el peso de la áurea guirnalda, en las suntuosidades de la coronación, debajo de la cúpula magnífica de la magestuosa catedral; y en donde el *financista* juega fortunas en la bolsa...



Galería Nacional y puente de Federico

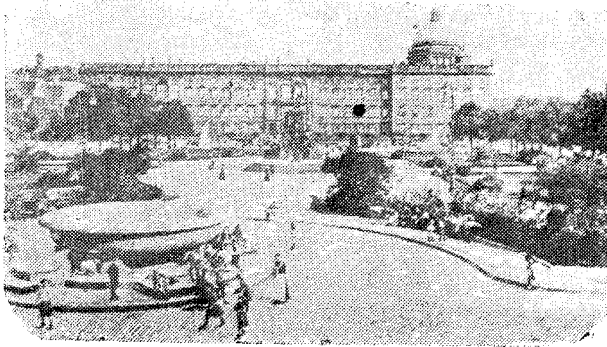
En esta isla se encuentra la Galería Nacional en medio de jardines mágicos, a las veras del imponente y soberbio puente de Federico, adornado con pilastras, con ángeles de alas abiertas y pasamanos simétricamente dispuestos, para acallar las exigencias del arte. En las salas de esta Galería Nacional, hay tesoros de artísticas bellezas, de pinceles y buriles de renombre.

Aún resuena, en esta isla formada por los brazos del Spree, aún resuena la voz del molinero que apostrofara a Federico el Grande que pretendió arrebatarse el molino, único patrimonio del proletario, diciéndole: "Majestad, aún hay jueces en Berlín".

Este apóstrofe de un débil, de un infeliz molinero, puso a raya al monarca poderoso que refrenó sus deseos de apropiarse de lo ajeno: valiente y bella actitud de un proletario, ante una testa coronada y orgullosa y bello ejemplo de respeto de ésta, a los jueces de su pueblo...

En esta isla deslumbran los Hohenzollern, con vanos brillos de fuerza y poderío, en el Palacio Real, de cuatro pisos, de treinta metros de alto, de casi doscientos metros de largo y ciento diecisiete metros de ancho.

Este Palacio Real que tiene, del ras del suelo, al fin de la cúpula, algo así como setenta metros, se yergue a las veras de la Plaza del Castillo, adulado por los rumores del Spree; este Pa-



Palacio Real y Plaza de Lustgarten

lacio Real que tiene setecientas habitaciones, y grandes y lujosos salones que exigen a los visitantes calzarse borceguíes, para caminar por ellos; se yergue a las veras de Lustgarten, plaza que fascina con el brillo de los encantos de sus jardines de aromas delicados, con el brillo de sus fuentes gorgoriteantes, con el brillo de sus flores...

Tropezamos aquí con este sujeto de anchas cicatrices, en las mejillas, allí con esotro de nariz que casi ha volado, al amor de una cuchillada: en todas partes con varones correctos y jóvenes elegantes, con vendas en la cara o con el rostro tasajeado... ¿qué significa esto?

Poder de los signos sensibles: al ver a estos que parecen calleros cultos, recordamos de los *montuvios* borrachos del Salitre; de los *montuvios* borrachos de Taura, de los *montuvios* borrachos de Jujan, de la costa ecuatoriana, que lucen costurones y anchas cicatrices en el rostro, de heridas de machete pendero, desollado de la vaina en las horas en que el demonio alcohol labra asesinos...

¿Son estos que parecen pulcros jóvenes, son estos que parecen pulcros caballeros, son de la casta de los borrachos penderos del litoral ecuatoriano, que han empuñado el machete fratricida y se han echado a reñir por quitame allá esas pajas?...

¡Qué han de ser!!

Al contrario de los *montuvios* del Ecuador, que, con los surcos abiertos en el rostro, por las iras del machete, denuncian que la ignorancia, el analfabetismo, y el aguardiente se enseñorean en ellos; estos caballeros de Berlín, dan a conocer, en las anchas cicatrices y en los largos costurones de la cara; que son gente de alto pro...

Los zampatortas y jayanes, no lucen en Berlín, la bella cicatriz...

Cicatriz en el rostro, quiere decir aquí: ilustración, celo de dignidad; quiere decir aquí: cuidadoso pulimento espiritual, educación cívica y moral; quiere decir aquí: sabiduría...

Estos jóvenes que pasan por la vereda con vendas, gazas y algodones hidrófilos en la cara, son estudiantes de la universidad —flor del pueblo alemán— todos estos graves varones de los laboratorios, de las clínicas, de los centros culturales, acari-

ciados por el filo del sable en el rostro, son sin revocarlo a duda, un *Herr Professor*, o por lo menos un *Herr Doktor* —flor y nata de la sabiduría del mundo...

El estudiante en Alemania, no consiente ni sombra de mengua personal suya, ni siquiera con miradas atrevidas... Se bate en duelo siempre, celoso de su dignidad, pensando en la alta honra de gastar una... tres... muchas, muchas cicatrices...

¡Cuánto vale en Alemania, la bella cicatriz...!

De tal guisa es su valor, que personas hay tan enamoradas del prestigio que ellas dan, que pagan al barbero para que les corte el rostro, a fin de ostentarlas como signo de alto pro: ¡Oh cuánto vale en Alemania, la bella cicatriz!...

XLII

BERLIN

¡Luz, luz!—Buscando la bandera.—Visión de emperadores y de reyes.—El espíritu de la alegría.—Voces que estallan y brillos que resplandecen.

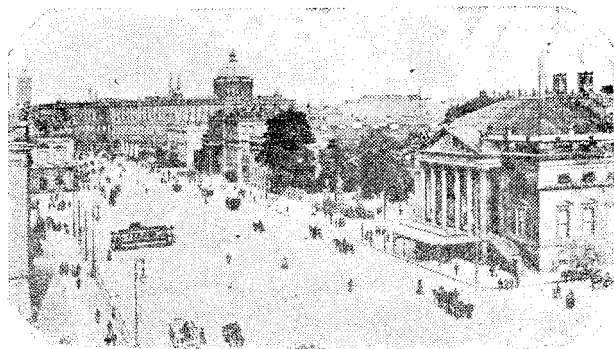
El cielo deja ver su esplendorosa transparencia, en el éter vibrante de su azul; ríe el sol, desde lo alto de la cúpula anchurosa, a los hombres y a las cosas, y el día viste de claridades y de encantos, la alegría de sus fugaces horas... ¡luz, luz!, bendita luz, grita entonces el náufrago de las tinieblas de cuatro meses, nuestro entenebrecido corazón...

Dan las siete de la mañana, en el instante en que la humanidad de este cronista, envuelta en negros y grandes astrakanes, se echa a la calle, agitada por una ráfaga de la sonora nerviosidad de la opulenta Berlín, urbe en donde está la sede imperial, residencia además del rey de Prusia.

Pasamos por esta grandiosa y elegante *Unter den Linden* —Bajo los Tilos— acaso la más linajuda de todas las calles y avenidas de Berlín y del imperio todo, exornada de palacios de suntuosa magnificencia, engalanada con embajadas de naciones poderosas, decorada con cuatro hileras de tilos plantados por las nobles manos de los electores para trasmitir, a la avenida, con estos hechos, todo el prestigio de sus rumbosas personalidades, en la ciudad y en el imperio.

Esta avenida, Bajo los Tilos, mantiene su opulencia desde el comienzo de ella, en Brandemburgertor —Puerta de Brandemburgo— que limita la Plaza de París, hasta el Palacio Real; no obstante el kilómetro y más de longitud de tan bella y orgullosa vía.

Unter den Linden luce el espacio de sesenta metros de anchura, y en el centro, cuatro filas de tilos, como dejamos dicho; anchas aceras a los lados, para que deambulen los peatones y cómodos caminos para carruajes. Todo Berlín acude a esta ave-



Unter den Linden

nida Bajo los Tilos, para dar pábulo a la festiva animación de ella, a todas horas del día y de la noche. El gentío, los carros eléctricos, el inmenso número de automóviles dan, a esta señora de todas las avenidas, un tinte de grandeza y poderío que no tienen otras avenidas, por adornadas y lujosas que sean.

Andando en esta avenida sonora y andando en otras avenidas y calles, vemos que viste la ciudad, los arreos más lujosos de las más emocionantes festividades del imperio: en lo más elevado de los palacios más enhiestos, gallardean los oros imperiales, con fulguraciones de fascinación; en los balcones y volados, en las ventanas y tribunas de los edificios de todo linaje, tiembla como un campo de amapolas, azotado por la brisa, tiembla con la suave dulzura de los estremecimientos de la fiesta, la púrpura imperial, y en las entrañas de las calles y en las amplitudes de las plazas y parques y alamedas, hierve la vida a borbotones incontenibles, al tiempo que en lo más empinado de los mástiles, agobiados por el peso de las glorias que sostienen, aletean, como aves de luz, de todos los climas, los símbolos sagrados de las patrias, respirando en sus colores, la personalidad del territorio...

Vemos los tricolores de Rusia, Alemania y Francia, de Bélgica, Servia, Rumania y Países Bajos; las garras crispadas de los pájaros negros de Austria; las coronas de la madre España

y de la artista Italia; la media luna de Turquía; las cruces blancas en campo rojo de Dinamarca; la cruz azul en campo rojo de Noruega; y la cruz amarilla en campo azul de Suecia, el elefante de Siam; las estrellas de los Estados Unidos de Norte América; el sol de la Argentina; la esfera del Brazil; la estrella solitaria de Chile; los laureles de Costa Rica y Paraguay; el llamingo del Perú; el iris de Colombia y Venezuela, pero nuestro egoísmo de hijos del Ecuador, lleno de los orgullos de este pedazo florido de mundo, hierve en santa cólera, al no hallar nuestro hermoso tricolor, buscado ávidamente para vivir las glorias de la patria; pero buscado en vano, que en Berlín no hay bandera del Ecuador, aunque hay nombrado un Schumacher de Cónsul!...

Y ¿por qué tanta magnificencia en la ciudad?

Y ¿por qué tantas agitaciones febrilmente históricas de Berlín?

Y ¿por qué este derramarse, en impetuoso torrente, de príncipes y aristócratas empingorotados, de soldados relucientes, de obreros bien trajeados, de gente de toda edad y condición, por todas partes?

Los reyes de Dinamarca, Alejandra y Cristián X lo saben...

¿No hemos de ver a Alejandra y Cristián X que llegan ahora de visita al emperador?

¿No hemos de conocer a Guillermo II y a la emperatriz Augusta Victoria?

Pues, a buscar sitio decente, para conocerlos, a buscar sitio apropiado para ver la pompa imperial y la parada gigantesca de ¡sesenta mil soldados!, en honor de las testas coronadas de Dinamarca.

¿Cincuenta marcos por el lugar en que nos hemos de colocar?...

Ciento que fueran los daríamos, por contemplar todo el rumbo bagaje de grandes de la tierra, en tan solemne ocasión...

Asegurado el balcón de tribunas doradas, a correr calles y más calles, para ver cuanto es posible...

Ya estamos en la estación: cuatro grandes mástiles erigidos delante de ella, sostienen la gaya carga de banderas del haz del planeta; encanta el interior por la riqueza de los adornos colocados con arte y prodigalidad, por la ancha alfombra de púr-

pura que cubre todo el andén, por el gran arco de honor que cierra el Occidente, por las plantas copadas de tallo alto, que verdeguean en torno de la rampa en que está la colonia dinamarquesa, por el oro que reluce en todas partes, y por las armonías musicales que repletan la bóveda gigante...

Son las tres de la tarde; jadea un tren lujoso; la banda de la compañía de honor del Segundo Regimiento de la Guardia, que tiene al frente, en actitud gallarda, al General *Lówenfeld*, toca el himno de Dinamarca; la bandera de la susodicha compañía se inclina despacito, sumisa y reverente y asoman Alejandra y Cristián X, en la puerta del coche —salón de reyes—. Besa en este instante el emperador, a la reina Alejandra y abraza y besa a Cristián X...

Saltan los ilustres huéspedes, con su regia comitiva, y se adelantan a la sala de recepciones, en donde se hallan la emperatriz Augusta Victoria, el príncipe Oscar, el príncipe *Friedrich Leopold*, la princesa Augusta Victoria y su novio Enrique XXXIII de Reuss, los príncipes *Friedrich Sigismund*, *Friedrich* de Prusia, la princesa Victoria Margarita, los Alcaldes de Berlín, Wermuth y Reicke, el Ministro de la Guerra von Heeringen, los Secretarios de Estado, von Jagow y von Tirpitz, los generales Kessel y von Scoll, von Lincker y von Jacobi, el comandante general Von Bonin y muchos nobles...

Wermuth pronuncia el discurso de estilo y entrega a Alejandra, un ramo de rosas y de orquídeas, en prenda de bienvenida... Pasan los soberanos a sus carruajes, y son saludados por la espesa muchedumbre, con los delirios de la apoteosis, y ¡cosa rara! el republicano furioso que escribe estos renglones, toma también parte en ella, batiendo el sombrero, en señal de respeto al público y a la autoridad, contagiado por los arrebatos de júbilo de las multitudes delirantes...

Mientras los reyes y su larga comitiva se van a sus carruajes, nosotros volamos, en auto a nuestro balcón, situado en la aristocrática avenida "Unter den Linden", para contemplar el rumboso desfile. Una cuadra antes, en la calle "Mittel", está cerrado el paso, por un muro rugiente de carne viva y de forzudos huesos de agentes de policía que ponen coto a la nerviosa muchedumbre.



Otro aspecto de Unter den Linden

Dejamos el auto, pero ¿cómo pasar, si nadie pasa?

Bonitos somos nosotros para resignarnos a no ver el desfile de reyes y emperadores; a no ver el turbi6n humano que va y viene, con sonoridad de marejada, por "*Unter den Linden*", a no admirar la parada de sesenta mil soldados!!!

Rebeldes con los imposibles, nos clavamos en la apiñada muchedumbre y nos abrimos paso, como la cuña golpeada por el mazo de un atleta, y llegamos a la línea policial, y, abusando de nuestra aparente ignorancia de extranjeros, intentamos romperla; somos detenidos por cuatro robustas manos que se posan en nuestro pecho:... ¡su tarjeta, se nos grita roncamente! ¿Nuestra tarjeta?, nuestra mejor tarjeta es nuestro balcón de "*Unter den Linden*", a donde vamos, les gritamos a la vez, en alemán bárbaro o correcto, no lo sabemos, y haciendo al mismo tiempo, un esfuerzo desesperado, rompemos el obstáculo y pasamos...

¿Qué fenómeno les produce a estos buenos policías, nuestra actitud, más que imprudente, sobrado temeraria? Tampoco lo sabemos; pero se nos deja pasar...

¡Qué espectáculo tan maravilloso el de “Unter den Linden”!
(Bajo los Tilos).

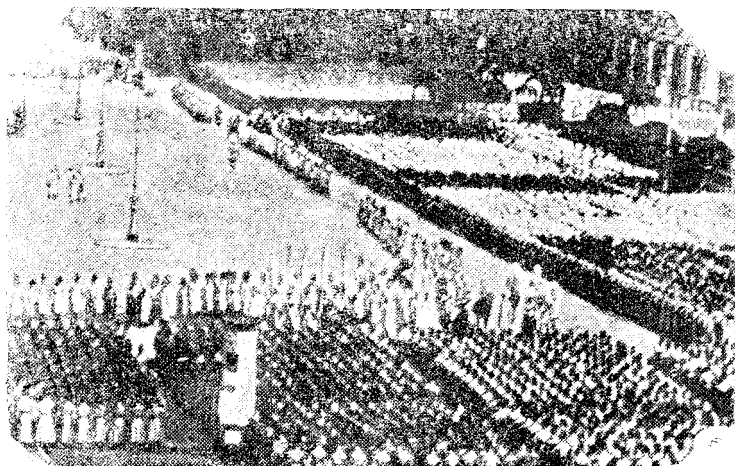
Las multitudes comparten el regocijo de la pública alegría... Guirnaldas y festones, flores y pedrerías, oros y púrpuras, adornan los capiteles y fachadas de los elegantes edificios de esta “vía triunfal”, que dicen los berlineses: en este costado de la vía, hay un muro invencible de policías, y en el ótro, toda



Puerta de Brandemburgo

la guarnición de la plaza. Desde “*Brandenburgertor*”, monumento de sesenta y dos metros de ancho, por veintiséis de alto, que sostiene con sus pilastras sencillas, el frontis coronado de una hermosa alegoría, desde “*Brandenburgertor*” hasta “*Schadowstrasse*”, están la Caballería de la Guardia y la Artillería del Campo. Van después las tropas técnicas y las de comunicaciones, y por fin, desde el “*Zeughaus*” hasta el Palacio Imperial, de cúpula verde, la infantería... De repente, voces roncadas y esforzadas, estallan de trecho en trecho... con movimientos de precisión matemática, maniobran los soldados... un murmullo de felicidad brota de todas partes, un grito de apoteosis, lleno de las majestades del momento, rueda, con intermitencias de trueno, a lo largo de la Avenida, mientras por el medio van Cristián X y Guillermo II en coche abierto, arrastrado por seis lustrosos ca-

ballos que lucen los bríos de Lucifer; Alejandra y Augusta Victoria en ótro, los cuatro soberanos, en medio de gruesas colum-



Parada Militar

nas de coraceros, en cuyos arcos resplandece la luz; va detrás la regia comitiva, derrochando lujo extraordinario, va detrás entre el muriente rumor de la apoteosis, mientras tiemblan los penachos de las testas militares y besa el padre sol, el reluciente acero de los cascos, y quiebra su luz áurea, en los lomos bruñidos de las armas de sesenta mil soldados...

XLIII

BERLIN

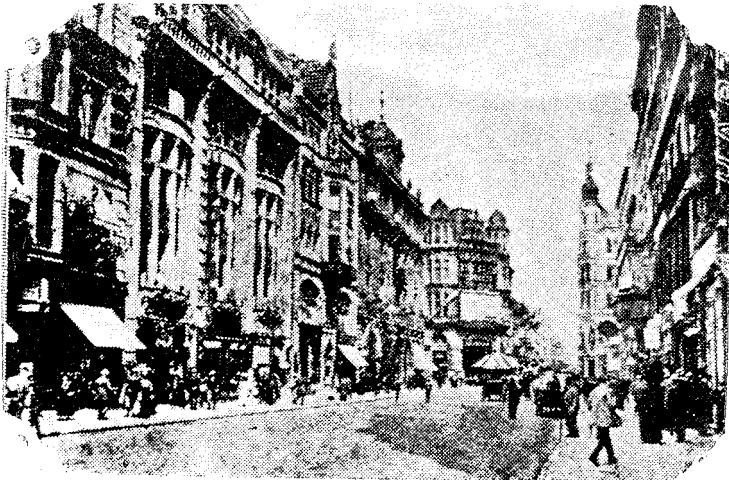
Instantes en la universidad.—Austeridad del maestro.—Comportamiento de los alumnos.—Reproches y aplausos...

Bajamos a pie por esta *Mittelstr.*, y al llegar a la ampulosa y linajuda *Friedrichstr.*, doblamos la recta, en dirección a la siempre gallarda señora de todas las calles y avenidas: *Unter den Linden* (Bajo los Tilos).

Tomamos la acera izquierda de esta calle de Federico, que nunca duerme, que nunca reposa, que está siempre alegremente despierta, llena de brillos de pedrerías, de luces policromas, de reflejos deslumbradores, de bruñidos metales y trapos sedosos y relucientes... y viendo aquí, deteniéndonos allí, mirando todo, en todas partes, rebozante el espíritu de la belleza del sendero, pian, pianito, caminamos por esta *Friedrichstr* que, comenzando en la puerta de Oranienburgo, atraviesa Berlín, de Norte a Sur, hasta morir en la Plaza de la Bella Alianza, ostentando sus tres mil doscientos metros de largo, y el derecho de ser llamada la *Broadway* de Berlín, por el encontrado vaivén del vertiginoso movimiento, por el loco bullir de la existencia, por los borbotones tumultuarios de los transeuntes, por los rugidos del torrente humano que, agitándose en el deslumbramiento de los escaparates repletos de joyas, se desborda por tiendas y almacenes, por restaurantes, hosterías y cafés, por casinos y teatros, inundándolo todo...

Burlamos la recta de *Friedrichstr.*, doblamos por la acera izquierda de *Unter den Linden*, risueña con las almas que tienen, en el cofre del ensueño, chispitas de poesía, y vamos Avenida y Avenida, admirando estas casas, estos palacios, estos monumentos de magestuosa suntuosidad...

¡Ya!... indudablemente es este el palacio que buscamos, para vivir unos instantes, las horas eternas de la humana cultura: es esta el *alma mater* de la sabiduría del mundo...



Friedrichstrasse

¡Sí!: el imponente palacio del emperador y el bronce grandilocuente de Federico el Grande, con sus tragedias sangrientas y sus glorias, allí al frente; estos mármoles de Alejandro y Guillermo de Humboldt, concepción artística de Reim Begas y Paul Otto, aquí delante, confirman plenamente nuestra creencia... Estos hijos predilectos de la ciencia, de blancos y eternos centinelas de esta casa llena de luz, llena de imponentes silencios de oración; nos denuncian que es la universidad, de renombre, sin segundo... nos sentimos iluminados en esta casa —milagros, del medio circundante— y al sentirnos así, nos hallamos aptos para contestar todas las preguntas de la Esfinge, y capacitados para descifrar todas las leyes del misterio eterno...

Entremos... estamos adentro: aquí hay un *restaurante*: mesas, pan negro, cerveza rubia... los estudiantes llegan a la sabiduría, jugando al azar, batiéndose en duelo, yantando su buen por qué de pan negro y remojando la garganta con cerveza; pero esto que parece *restaurante* es el cuarto del portero... adelantamos, y ¿esto?... leemos: *Schwarzes Brett Schwarzes Brett* Cuadros de avisos a los estudiantes o de los estudiantes,

de avisos de las materias encargadas a cada maestro, de los lugares en donde las explican, con los nombres de los profesores; cuadros de comunicaciones oficiales, de edictos y sentencias condenatorias; en fin códigos en miniaturas, de esta universidad eternamente abiertos, en perpetua promulgación de sus inexorables ritos, para que ni maestros ni discípulos, aleguen ignorancia de cuanto se hace y pasa en este palacio del saber humano, soberano y autónomo...

Uno que otro estudiante lee, en ellos... ¿se están haciendo la pava?... parece que sí: han llegado tarde, esto es, después que el profesor; no entran al aula, por temor al reproche, en murmullos de reprobación, de los estudiantes acuciosos... nosotros que venimos a rendir tributo a la santa Curiosidad, adelantamos al primer salón que hallamos al paso... estamos en la puerta de éste, en que el venerable sabio Schmóller explica... penetramos en puntillas: alzan los estudiantes la cabeza inclinada sobre los cuadernos de copia, y reprochan nuestra audacia de penetrar al salón, después de que el maestro comenzó la explicación... hay grandes murmullos... avanzamos sin reparar en ellos y tomamos asiento... cesa el reproche, Schmóller, el sapiente economista del imperio, habla, habla, habla... observamos que nadie replica, que nadie pregunta, que nadie discute, que nadie habla... sería esto una profanación, un sacrilegio... aquí más que en ninguna parte, el *magister dixit*, es un imperativo categórico, sin réplicas, del cual nadie se atreve a dudar... los alumnos escriben raudamente cuanto borbota de los labios de *Schmóller*... y esto ¿qué es?... ¡este ruido sordo y rudo en esta sala!... los alumnos lo producen restregando el entarimado fuertemente, con los pies... ¿Qué pasa?; ¿es una hostilidad al maestro?

Nada de esto: nos enteramos de que aquí se ruega, en esta forma tosca para nosotros, que repita el profesor la explicación de ciertos puntos no muy bien entendidos por algunos. Por el ruido endemoniado de pies, Schmóller calla... el ruido se desvanece, el profesor habla menos rápidamente, reanudando el discurso, de un poco atrás...

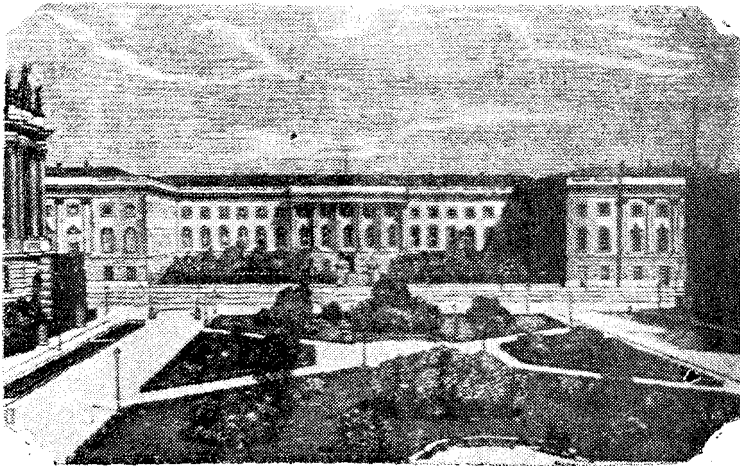
Esa señorita pretende salir, se pone en pie, da algún paso hacia la puerta, en silencio; los estudiantes la ven, y protestan con ruidos sordos de pies frotados en el piso; el maestro calla, la *Fräulein* retorna al asiento, se restablece el silencio, Schmóller, ha-

bla, habla, habla... hay un tamboroteo general, con los pies en la tarima; es el aplauso de los discípulos, al viejo maestro, por el lucimiento en la disertación...

¡Qué diferencia entre ésta y las universidades ecuatorianas!: en éstas hay discípulos que entran cuando les da su real gana, a las aulas y muchos entran sin miramientos al maestro, cabalgando una insolencia imponderable, y entran a discutir...

Verdad también que los profesores de las universidades ecuatorianas son, en gran parte, profesores de libro, y algunos, ni de libro... es decir: aquéllos, los profesores de libro, no saben más de lo que dice el texto de enseñanza, y éstos, no saben ni lo que tres páginas adentro, dice el texto: para ser profesor de universidad en el Ecuador basta gritar: ¡Viva Panza Prieta!... y Panza Prieta que está en el poder, hace, de ignorantes de más de la marca, sabios catedráticos... por esto, los discípulos discuten con el maestro, seguros de que saben más que éste; por esto ¡qué desórdenes en las aulas...!

No obstante el analfabetismo magistral, hay sabios catedráticos, verdaderamente sabios, que dan lustre y prestigio a las universidades del Ecuador...



La universidad

En esta casa singularizada por los encantos de esta Plaza de le Opera, adornada de jardines, de figuras geométricas que dan esplendor a la ciudad, en esta casa vemos, en todas partes, fábricas de sabios y sentimos y palpamos, en todo, el empeño de Alemania de ser la cabeza de la humanidad, de ser el brazo esforzado y poderoso que sustente el cetro del mundo... Este empeño de Alemania, se refleja no sólo en ésta, sino en todas sus universidades que ejercen enorme influencia en el destino de cada hombre, en la vida del hogar, en la vida ciudadana, en la vida nacional.

Penetrado el alemán, de esta influencia, acude presuroso a ellas, para aprender a ser invencible, por el valor, invencible por la fuerza, invencible por el arte, invencible por la ciencia, invencible por el más acendrado patriotismo, invencible por el amor a la gloria...

Soliviantados, por este noble criterio, trabajan los alemanes, con paciencia benedictina en estos laboratorios de sabios, en estos laboratorios de eruditos, de historiadores, de filósofos, de economistas, de maestros de energía, en estos laboratorios de literatos, de críticos, de taumaturgos del arte y la belleza...

Se puede afirmar, sin vacilaciones, que en estos palacios se moldea vigorosa el alma nacional: la vida de la fuerza, la vida de la política, la vida de las industrias, la vida de la economía y la riqueza, la vida de la primacía soberana en todo, en ellas está. Las universidades ponen en boca de estos hombres de caras rubicundas, de cráneos cuadrados, de pómulos salientes, duros y huesosos, esta frase jactanciosa: *Deutscheland über alles!*... (Alemania sobre todo).

Damos vueltas y revueltas y vemos que aquí hay maestros para todo: maestros para formar sabios en mentiras, con las que, con el nombre pomposo de diplomáticos, se engañan a si propios, y engañan a los pueblos: maestros para formar Icaros que vuelan sobre Alemania, que vuelan sobre Inglaterra, que vuelan sobre Francia... avisorándolas desde las estrellas... maestros para enseñar a vivir, en las entrañas de los mares, como sobre el duro seno de la tierra... maestros para formar sabios en venenos y ponzoñas; maestros para formar sabios en punterías de ca-

ñones y en curvas y direcciones de balas; maestros para formar sabios en combinaciones eléctricas infernales, en máquinas de eliminar fortalezas y pueblos y ciudades, en toda clase de elementos de exterminar generaciones... ¡malditos sabios!!...

Nos inclinamos ante los hermanos Humboldt, y salimos otra vez a *Unter den Linden*, reputada por los berlineses, como la Pikadilly de Londres, y nos sumamos en la multitud...

XLIV

BERLIN

Las fiestas del centenario.—Procesión de reyes.—

Desfiles y revistas.

La tristeza de las horas nubladas tenuemente, contrasta con el júbilo del pueblo. Llueve como para ahuyentar a los transeúntes echados a las calles, a saludar, en la bandera de 1913, la gloriosa de 1813.

Hay fervor, mucho fervor en todas partes, y alegría, mucha alegría, en los rostros de la gente, y santo regocijo, muy santo regocijo por el recuerdo patriótico de las proezas, en contra del grande usurpador...

La donosa capital del imperio, está más linda que nunca: gallardetes en todas las eminencias, banderas en todas las ventanas, colgaduras brillantes en todos los balcones, coronas de laurel, en todas las tribunas, le dan un aspecto mágico y verdaderamente encantador.

La lluvia tiene intermitencias alhagüenas: parece que cesa; pero antes de que la creencia reciba forma, desciende el chubasco intentando aguar la fiesta... no importa: las tropas salen de sus cuarteles y llenando las amplitudes de las calles con el ruido sordo de sus ferradas botas, van a Unter den Linden, luciendo la gallardía de sus tiesuras y la corrección de sus lujosos uniformes; no importa: las músicas marciales, rompen en armonías, celebrando las glorias de la fecha y llenan los ámbitos de la urbe, de recuerdos queridos y reminiscencias de orgullo nacional; no importa: el Dom está de fiesta, este Dom o catedral luterana que descuella entre los edificios más suntuosos de la isla formada por el Spree, que domina por este conjunto de torreones alzados en derredor de ella, todos los donaires del pintoresco sector de la ciudad, en que se encuentra.



La catedral

No importa: este gallardo templo, cuya cúpula esplendorosa resplandece herida por el sol, este Dom, de estilo renacimiento italiano está de fiesta; no importa: esta catedral protestante que tiene, del ras del suelo hasta la cruz, ciento catorce metros de altura, ciento cinco metros de longitud y setenta y cinco de latitud sonríe de alegría; no importa: este palacio del culto luterano que es uno de los mayores prestigios de belleza de la urbe, por tener junto a sí, el arrogante y muy donoso puente de Federico, está de gala, representando un justo orgullo de Berlín; no importa: los emperadores y príncipes, vestidos de oro y púrpura, dejan el secreto de los gabinetes y se muestran al público, siempre curioso de ver a los monarcas, ávido siempre de grandes deslumbramientos; no importa: arde en los altares el incienso, los sacerdotes, en los templos católicos, se ponen de rodillas y, alzadas las manos al cielo, mandan a Dios, en las graves solemnidades del *Te Deum*, las reverentes gratitudes de todo un pueblo...

Son las diez de la mañana; en la aristocrática Avenida, buscan sitio, en apretado haz, personas de toda edad y todo sexo, para saludar al emperador Guillermo II y admirar la gran parada; en la aristocrática *Unter den Linden*, se han dado cita, la fuerza, la alegría, la luz y el colorido, el entusiasmo y la cu-

riosidad, los oropeles y las flores y las bellezas del imperio, el arte y sus caprichos y las adhesiones y respetos y cariños al monarca...

La estatua de bronce del rey Federico Guillermo III, decorada con elegante sencillez, sonríe, en *Lustgarten*, a los cielos y a los hombres, en tanto que es *Unter den Linden*, una vía de versos y leyendas...

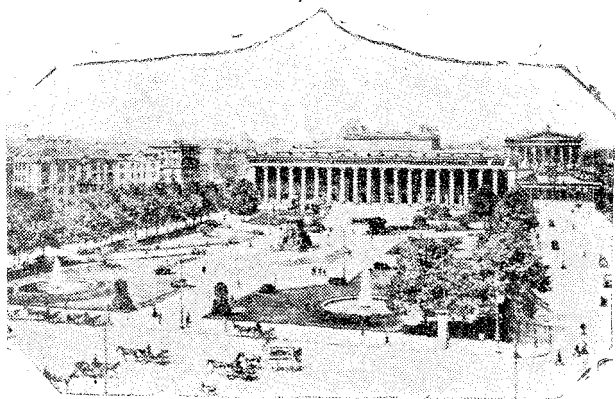
Todo respira regocijo, menos el cielo que llora... ¿es acaso partidario de los franceses, que no se asocia a la pública alegría?...

El bullicio de la masa palpitante, aglomerada, no tan únicamente en los costados de la ancha Avenida, no sólo en todas las puertas, ventanas, volados y rendijas, sino también en las techumbres de todos los edificios, el bullicio de la masa palpitante y los rumores que brotan en todas direcciones, indican, a las claras, el desfile de los monarcas... La emperatriz Augusta Victoria, sale de la catedral, nimbada por los resplandores de la fiesta, repartiendo efluvios de vívida luz, de la cuantiosa y fina pedrería, sale a la cabeza y se dirige al castillo, en coche de cuatro caballos, ostentando el brazalete de siete medallones que tienen la *vera* efigie de la princesa Victoria Luisa, del *Kromprinz*, de los príncipes Federico Guillermo, Adalberto, Augusto, Oscar y Joaquín, hijos adorados, y pendiente de un corazón, al amado de su alma, su esposo Guillermo II, el emperador. Las divisas de la Guardia Imperial y de las tropas, son colocadas en derredor del monumento, en tanto que aparecen los hijos del emperador, con el príncipe heredero a la cabeza, deslumbrando con sus galas, Guillermo II que cierra el desfile, ostentando sobre el manto, la coraza negra de la guardia de honor, y en la cabeza, el casco reluciente, en cuya cima posa el águila crispada... Sale del castillo el emperador, caballero en un bruto de azabache sobre cuyos limpios y hermosos perfiles, ruedan las moscas y resplandece el moribundo sol, y al avanzar hacia la estatua, a impartir las órdenes del caso, es saludado febrilmente con largos y ruidosos aplausos de la nerviosa muchedumbre. Las tropas del *Lustgarten* y la *Schlossfreiheit*, apostadas, en rigurosa formación, detrás del monumento de Federico Guillermo III, rompen, al llegar el emperador, en los

tres *hurras* reglamentarios, con gritos fieros de iracunda bestia. Al grito de tempestad del primer ¡hurra!, rimbomba un cañonazo del primer regimiento de Artillería de Campo de la Guardia, al Occidente del *Lustgarten*, después ótro, ótro y ótro llevan sus voces de tormenta, por los aires húmedos, mientras, a lo largo de *Unter den Linden* se reparten las divisas a la tropa, coronadas por el verde laurel...

Voces estentóreas de mando, salidas de gargantas enronquecidas por el esfuerzo enorme, rompen la uniforme armonía del silencio, en todas partes: flamean las divisas, en manos del abandonado, se desnudan los aceros, se presentan las armas por la tropa, con grandes aspavientos de uniformidad de movimientos de maniqués obedientes al impulso de un botón eléctrico, y comienza el emperador, la revista de los setenta mil soldados...

Viene de *Lustgarten*, con dirección a *Brandenburgertor*, viene en corcel retinto, con el cetro de su vasto poderío, a la diestra y con un séquito de veinticinco jinetes, llenos de entorchados, cruces y medallas, entre quienes se encuentra también el príncipe heredero.



Lustgarten y Museo Real

Viene de *Lustgarten*, plaza adornada con jardines, embellecida con arabescos de flores, enjoyada con surtidores que alzan al espacio sus penachos de chispas sonoras, y que descienden co-

mo conos de cristal, a las tasas redondas que los reciben con amor, en sus regazos, para que reposen al arrullo de las hojas movidas por el aire.

Saluda primero a los diferentes grupos de tropas del flanco izquierdo, y a cada salutación, se le responde por la tropa con tres ¡hurras! llenos de salvaje ferocidad, con tres ¡hurras! llenos del bramar de los abismos... Mientras agoniza y muere un ¡hurra!, nace otro más robusto, de mil bocas que reúnen sus clamores, en un solo clamor, seis mil ¡hurras! en un ¡hurra! formidable y así por el ala izquierda de la simpática Avenida, van rodando los ¡hurras! al emperador, engrosados por los gritos y las aclamaciones de los civiles, en compacta muchedumbre y acompañados por el suave flamear de millares de pañuelos blancos, que alardean venturas y exteriorizan simpatías. Ya está por el Arco de Triunfo, el emperador, va despacio, muy despacio, a pesar de la lluvia que le moja, como a los demás mortales; el batir de los pañuelos y los gritos de entusiasmo de los de allá, lo denuncian así... Ya da la vuelta por la Plaza de París y toma el otro flanco de la calle, para revistar a sus soldados; nuevos ¡hurras!! reglamentarios de los de acá, en honor al soberano, que les saluda con el cetro; nuevos gritos de amor de la plebe de las calles y bocacalles, nuevo flamear de pañuelos blancos, en manos blancas mujeriles y nuevos febriles entusiasmos de los hombres de pro, en homenaje devoto al Kaiser. Ya viene por acá saludando a la multitud que le aclama alborazada, y a los soldados que ponen en sus miembros, las rigideces del granito: los oficiales se esfuerzan en domar sus alazanes que piafan, se encabritan y relinchan, como oliendo el humo de la pólvora, en los campos de batalla, se esfuerzan, para dar el frente al poderoso que avanza con las gravedades de un guerrero, a raíz de la victoria, y con las supremacías de un Júpiter Olímpico; gorgoritean los flautines, en gamas de límpido cristal; rompen los tambores en roncadas algazaras, en cuyos fúnebres acentos, palpita la tragedia, que pasa el soberano delante de nosotros que, paraguas en mano, permanecemos como centinelas de la curiosidad, sin darnos cuenta, tres largas horas, en nuestra dorada tribuna, alquilada en buenos marcos... se aleja entre los gritos del entusiasmo loco, se aleja entre vítores nerviosos, se aleja entre las ferocidades del ¡hurra!, se aleja más y más, entre los

entusiasmos del más devoto fanatismo; le seguimos con la vista y con la mente, le seguimos con el anteojo y le vemos de nuevo en el punto de partida, en *Lustgarten*, junto al monumento del arrogante Federicó Guillermo III. Mientras buscamos sitio más en consonancia con la fiebre de ver todo, vuelve a palacio el emperador para presenciar el desfile de las tropas desde allá...

Marcha al frente de las fuerzas imperiales, el cuerpo de trompetas de los coraceros de *Pasewalk*, alegrando, con marciales armonías, los postreros deslumbramientos de la fiesta; va detrás la Guardia de Honor de la emperatriz, seguida de un brillante escuadrón de coraceros; va después alzando cuánto es posible, los pies y pisando con estrepitosa rabia, la infantería y prosigue a pie, la caballería luciendo sus cascos negros coronados por águilas brillantes, y el fúebre negror de las corazas; marcha muy de cerca la Guardia de Honor llena de oros y entorchados y al fin, el resto de la caballería, en postura incomparable. Pasan delante de Su Majestad y se alejan los soldados vestidos de largas levitas de tono gris, temblándoles en las testas orgullosas, los penachos negros, en contraste con los blancos, los turbantes tricolores, las monteras amarillas y las águilas indómitas; pasan y se alejan, rígido en las manos, el fusil, que despierta en el espíritu, las crispaturas del pánico; rígido, en las manos, el acero pavoroso, cuyas frías desnudeces, desatan en las carnes, las corrientes del espasmo y reflejan las siniestras sugerencias de las rojas florescencias de la sangre. El para nosotros insólito espectáculo, que tiene por sus gestos de tragedia, por la grande elocuencia de las pujanzas del imperio, por las ferocidades de la civilización, que tiene las vislumbres del pavor de lo sublime, pasa aumentando el egoísmo del monarca, pasa y se pierde y desvanece, en el seno negruzco de la bruma...

XLV

BERLIN

*A volar en el Zeppelin.—Potsdam visto del aire.—El camino a Berlín.—Berlín visto de las alturas.—El lenguaje del silencio.—
El gozo del retorno.*

Tirn... Tirrn... Tirrrn...

—*Wer da?* (¿Quién?).

—*Ist doktor Montalvo.* (¿Está ahí el doctor Montalvo?).

—*Ja, mein Herr... !Ja!* (Sí, señor).

Y en alemán se nos anuncia por el portero del hotel, se nos anuncia que de la oficina de zeppelines, se quiere hablarnos.

Nos metemos en el cajón que guarda el teléfono, y preguntamos quién llama y qué necesita de nosotros.

—Doctor, hoy vuela el Hansa, a las doce del día, como usted manifestara sumo interés en saber cuándo hacía viaje el Zeppelin, tengo el gusto de darle la noticia...

—Oh, señor, gracias, tenemos avidez de experimentar la sensación del vuelo; vamos a la oficina en el acto...

—Pero pronto, porque son las diez de la mañana, y si no se apura usted, perderá el tren que va a *Potsdam*...

—*Danke schön, adieu...*

—*Bitte schön, adieu...*

Y más pronto que volando, tomamos un automóvil, y más pronto que volando, estamos en las oficinas del vuelo...

—Un billete para viajar hoy, en el Hansa, señor, le decimos botándole sobre el escritorio, al mismo tiempo nerviosamente, tres billetes de cien marcos cada uno...

—Mucha plata por un vuelo, murmura a nuestro lado, un boquirrubio, mirándonos con cierta admiración; mucha plata por un vuelo...

Ya en la cartera el billete que ha de franquearnos la entrada al dirigible, tomamos rápidamente el auto, e impartimos órdenes precisas al chauffeur, de llevarnos a la próxima estación, aun airopellando gente, tal es el ansia de volar...

Nos encontramos, una hora después, en *Potsdam*, ciudad histórica, llena de castillos y palacios, residencia veraniega de la familia imperial... y un cuarto de hora más tarde, rodando el automóvil con vertiginosa rapidez, en *Wildpark-Potsdam Luftschiifhafen*, apretado el corazón, por el ansia de llegar a tiempo, y por la vehemencia de experimentar la vida en las alturas.

Son las once y tres cuartos de la mañana; en los espacios se escarmena, en tenues copos, la nieve de los cielos; la tierra pierde su negror, aplastada suavemente por la albura de la nieve... se desvanece la tristeza de la rigidez invernal y pían en las escuetas ramas de los árboles en esqueleto, los gorriones esponjados por el frío.

En medio de la llanura inmensa del aeródromo, se está un gigantesco hangar, a cuya sombra se guarece un centenar de verdes pinos.

¡Ahí se encuentra el Hansa!, pájaro monstruo, en espera de la hora del vuelo... los oficiales voltejean en su torno... van y vienen... observan sus aparatos finísimos... buen tiempo, pero nieva... deja de nevar... clarea la luz... bendito sea!...

Los bogas —¿se dice así?— los aeronautas, a una orden del capitán, libertan del hangar, el ave prisionera, atada a gruesas jarcias, cuyos extremos inferiores rematan en anillos que ruedan sobre rieles.

Está en plena llanura el zeppelin, dispuesto a rasgar los aires y cernerse en los espacios; se suelta desde él una escalera de cordeles, y se comienza a llamar a los pasajeros, según el orden establecido. A la humildad de nuestros pecados, le toca subir primero, a la cámara del globo... ¿por qué tantas zozobras y tanta angustia?, ¿por qué tan violento latir del corazón?...

¡Volar!!... saborear en la dorada copa de la curiosidad, el dulce encanto de las cosas de arriba... ¡hender los espacios infinitos, bajo la curva del sol; alejarnos de las miserias de la tierra, unos instantes, gustar la vida de los aires, abandonando la existencia de abajo, en donde cada minuto es burbuja en cu-

yas frágiles entrañas, hierve un piélago de acíbar; fundir la vida en el sueño feliz de lo que ella ha de ser en el éter azul; he ahí la clave de la angustia sabrosa, de la zozobra dulce, del venturoso, violento latir del corazón!!...

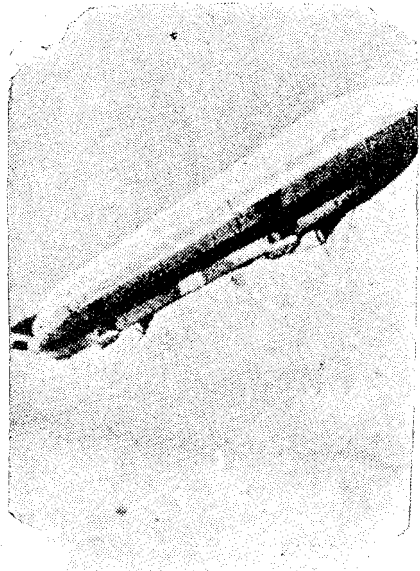
¡Clave de la vida!!...

¿Será el vuelo feliz?... ¿aterrizará el Hansa sin gobierno y nos convertirá en papilla...? El corazón está loco de latir, las carnes como que flaquean por el majestuoso respeto a lo desconocido... ¡qué diablos, nadie muere la víspera!... *eins, zwei, drei*... ¡arriba!...

Ya estamos arrellenados en nuestra butaquilla de cretona...

Se sienta, junto a nosotros, esta linda berlinesa... no estaba esta hermosa compañía, en nuestro programa de viaje... la chica nos mira con simpatía por nuestros ojos ardientes y negros, por nuestro cabello negro y nuestro cutis lijeramente moreno, y nos habla dulcemente y nos mira dulcemente...

Contamos: uno... dos... diez... catorce pasajeros... las aletas del Hansa hacen un ruido inmenso, informe en el millón de revoluciones que dan por cada milésimo de segundo... el dirigible se remonta a lo infinito: comienza el vuelo; la tierra se aleja de nosotros, se aleja raudamente con sus hosquedades rudas, se aleja con el gesto del bandido a quien se le ha escapado la víctima... ¡poder de la óptica!... el estómago se nos va a los pies; descende rápidamente... sentimos que nos brotan alas poderosas... que somos dueños, como el águila

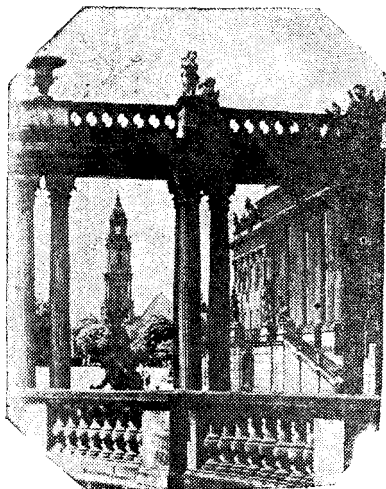


El Hansa comienza el vuelo

la, de las lontananzas todas, de todos los espacios infinitos, de todos los rumbos hacia el sol!!... La lejanía suaviza los perfiles de las cosas, confunde las perspectivas, esfuma los contornos, borra lo distinto de las formas... ni tierra, ni árboles, ni ríos; sólo el sol arriba, *como ascua agonizante, como lunita blanca aterida por el frío* que diría el poeta: la débil bruma en torno, ¿en dónde estamos?

Hijos de la tierra, al verla perdida, sentimos la nostalgia de ella... comprende el Hansa, nuestra ansiedad, desciende... sonreímos suspirando al ver a nuestra amorosa madre, aunque aquí el paisaje tiene abajo, muy abajo, la tristeza de una elegía; pampas áridas y frías; un río sin murmurios, congelado y muerto; árboles desnudos, como carbonizados por la nieve; ramas tísicas y escuetas de hojas; pájaros sin amor, sin gorjeos y sin nidos: todo un gran dolor!!.

¡Esto sí que es muy hermoso!!, ciñe el Havel, como cinta de luz alba, la marmórea cintura de *Potsdam*, y circundándola totalmente, con la mansedumbre de sus aguas, se desparrama en sus contornos, se interna en breve por calles, plazas, parques y avenidas, y aquí es estanques en cuyos tersos rizos, resplandece la albura de los cisnes; allí, donosos canales, a cuyas veras se gallardean monumentos y palacios que han albergado mucha carne dorada y pecadora, como este palacio de la ciudad, que se alza insolentemente, junto a la iglesia del cuartel; acá, lagos primorosos circundados, por entero, de callejuelas de verdes pinos; allí ribazos murmurantes, surcados por embarcaciones diminutas; parece el Havel, cruzando la aristocrática ciudad en todas direcciones, y tomando en todas partes, formas diferentes



Palacio de la ciudad e Iglesia del cuartel

de artística hermosura, parece encaje caprichoso, de cuyos dibujos singulares y arabescos primorosos, surgen verdes bosquecillos y sarcófagos de reyes; monumentos orgullosos y torres elevadas y robustos edificios y calles de toda condición, de cuyo gran conjunto nace *Potsdam*, con el encanto sugestionante de una sonrisa del sol a las estrellas.

Después de voltejear rápidamente en las alturas de esta hermosísima ciudad, pone rumbo el dirigible, a la pulcra Berlín, devorando la distancia y burlando majestuosamente la rabia de las rachas; el ruido es imponente; el aire vibra, el espacio se estremece, las mudas soledades de la altura, dan paso por su espantado seno, a las alas de la audacia, mientras tenemos las inquietudes del azogue; y, por aprovecharlas íntegramente, sacamos la cabeza fuera de la ventana, para contemplar, en las profundidades, la tierra; levantamos los ojos al azul, para cerciorarnos de si estamos en la región de las estrellas; recorreremos con las alas de la mente, más rápidas que las en que nos cernemos en los abismos, las risueñas prominencias y los valles y ciudades de nuestro querido Ecuador; escribimos postales a deudos suspirados, a amigos que brotan de la memoria, saludamos en circulares a la prensa de la patria, nos sentamos, nos ponemos en pie, nos movemos en todas direcciones, al son del violento tan, tan, tan del asombrado corazón!

A la altura de las ciudades de *Wansee* y *Nicolassee*, *Schlachtensee* y *Zehlendal West*, arrojamos al buzón del zeppelin, postales para *El Telégrafo*, *El Guante*, *El Ecuatoriano*, *El Tiempo*, *La Reacción* y *El Grito del Pueblo Ecuatoriano* de Guayaquil; para *El Comercio*, *La Prensa*, *El Ecuatoriano* y *El Grito Liberal* de Quito y para *El Correo del Chimborazo*, de Riobamba, únicos de cuya existencia recordamos, saludándoles así: “Hiendo en este instante —la una y media de la tarde— los espacios infinitos, en el dirigible Hansa, y ensanchado el corazón, en las grandiosidades del vuelo, del espacio y las alturas, saludo fervorosamente a la prensa de mi noble y querido Ecuador.—Hansa en viaje de Potsdam a Berlín.”

Dejadas en el buzón, ésas y otras postales, retornamos a nuestra butaca... ya pasamos por sobre *Zehelendofmitte* y llegamos a ponernos sobre Gross Lichterfelde West, ciudad madre del militarismo alemán, ciudad cuna de los más renombrados ge-